

El Defensor del Obrero

La Iglesia quiere y pide que se aúnen los pensamientos y las fuerzas de todas las clases para poner remedio, el mejor que sea posible á las necesidades de los obreros, sobre todo con instituciones Católico-Sociales permanentes y Sindicatos. León XIII. Encíclica Rerum novarum y Pío X encicli. 11-VI-905, etc.

(Obras, no palabras)

«Todas nuestras Encíclicas responden á procurar el bienestar del pueblo y á que éste aprenda sus derechos y deberes y á dirigirse á sí mismo. León XIII al General de los franciscanos, Carta 25 Noviembre de 1898.

ÓRGANO QUINCENAL

de la Academia Católica de Cuestiones Sociales y de los Sindicatos Obreros de Cartagena

PARA LOS OBREROS
SE REPARTE GRATUITAMENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: AIRE 20
Horas: De 5 á 11 noche y de 10 mañana á 11 noche los días festivos

PARA LOS BIENHECHORES
100 ejemplares, 1'50 ptas.

PARANDULA COMBISTA

No hay duda (¿para qué negarlo?) que atraviesa hoy España una de esas crisis más agudas, como no se recuerda otra semejante durante la vida de la España contemporánea.

Que hay empeño en sembrar la discordia entre los que convivimos en esta desventurada sociedad es indudable; que existe una conjura, contra el bienestar de España, está descontado por todos los pensadores que vienen fijando su atención en los acontecimientos públicos, que se van desarrollando aquí como películas de cinematógrafo.

Todos sentimos que en nuestra cosa pública ocurre algo extraño, algo anormal, cuya razón de ser no parece por ninguna parte. Veámoslo.

¿Dónde está la causa (real ó ficticia) la materia prima para fabricar un *combismo* viable? ¿quién pensaba ni por sueños, en los cultos disidentes aquí en España, donde ó se es católico, ó enteramente indiferente en materia religiosa? ¿á quién se le importaba un ardite que media docena de extranjeros pusieran ó dejaran de poner rótulos á sus templos? Es más: ni los mismos interesados paraban mientes en semejante detalle, puesto que nadie les molestaba lo más mínimo en el ejercicio de su culto.

¿A quién se le ha ocurrido en España desterrar de la enseñanza de las escuelas el bendito crucifijo, donde al niño se le entra gráficamente, con solo abrir los ojos, un dogmatismo, que es el primer elemento de la educación de la niñez y que pide toda España, menos cuatro desgraciados á quienes les tiene cuenta embrutecer al pueblo para servirse de él, como de andamio, para escalar los primeros puestos en la sociedad?

¿A quién estorban esas familias *modelos*, las congregaciones religiosas, donde mejor se ejerce la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, es decir, la verdadera y legítima democracia; cuyos individuos son hijos del pueblo y en favor del pueblo consagran todas las energías de su vida? ¿A quién, á quien se le ocurrió jamás hablar de la demasiada multiplicación de esas familias religiosas en España, que ayudan á levantar las cargas del Estado, como

todo ciudadano y aun mejor que la mayor parte de los buenos ciudadanos? No, en manera alguna. Al pueblo español no le estorban los frailes y las monjas, como no estorban en Alemania, en Inglaterra ni en los Estados Unidos, donde acogen con los brazos abiertos á todos los que son expulsados de las decrépitas naciones latinas, por una turba de desalmados, que, obedeciendo á un poder oculto que les tiraniza, les hacen guerra despiadada; y tal vez por unos cuantos *vivos* que quieren se repitan en España las vergüenzas, que á diario aparecen entre los *liquidadores* de allende el Pirineo, por aquello de que *á río revuelto*... En España á nadie estorban las órdenes religiosas, ni á los mismos que muestran hacia ellas su implacable hostilidad; bien les gusta á esos politicones llevar sus hijos á Chamartín de la Rosa ó á Santa Rita; al Sagrado Corazón ó á las Damas Inglesas...

Y siendo esto así ¿á qué venir ahora provocando conflictos ociosos, con agravio de la Santa Sede, ante quien se prosterna España entera, con raras excepciones? ¿Han meditado bien los que á destiempo y porque sí, han levantado la bandera anticlerical ó anticatólica, despertando las pasiones de uno y de otro campo, á donde precipitan al pueblo? ¿No saben hasta donde pueden llegar las hostilidades, una vez roto el fuego? Mírenlo bien, antes de seguir adelante por tan peligroso camino: que no en vano se hiere la fibra más delicada del pueblo español.

Bien claro aparece (ciego es menester estar para no verlo) que la presente crisis que atraviesa España, no es cosa nacional, si no que obedece á externo impulso, seguramente á imposiciones del poder oculto que extiende sus garras á todas las naciones y que en todas procura suscitar dificultades á la Santa Sede, á quien profesa el mismo odio que á su digno fundador.

Pero si la crisis, en su origen, ha sido buscada y traída de los cabellos ¿quién podrá calcular sus consecuencias! verdadero motivo hay para temblar: no solamente puede alterarse la paz de los espíritus, al menor chispazo de anticlericalismo, es decir cuando los católicos llegasen á percatarse de que se traducían en hechos las amenazas y baladronadas que á diario vomitan los periódicos anticlericales, si no que á la guerra religiosa seguiría, como legítimo corolario, la revolución social, que

arrastraría en pos de sí, como torrente desbordado, las cosas y las personas, sin que se librasen de la acción destructora los mismos que imprudentemente prendieran fuego á la mina.

Como desde el principio de esta farándula se ha visto presidir la mala fe, no es de extrañar que, tras de ser la Iglesia la provocada injustamente y contra toda razón, haya empuño en invertir los papeles, presentando como provocador y prepotente al varón apostólico que rige los destinos de la Iglesia con dulzura y energía incomparables.

Dice Motesquieu (que no es precisamente un clerical): que el responsable de una guerra no es ciertamente el que la declara, si no el que, con sus intemperancias y atropellos del derecho hace la guerra inevitable. Y este es nuestro caso.

Parte de esa prensa, que está inspirada por las sectas, ha oído á volar la especie tendenciosa de que la Santa Sede asumiría una gran responsabilidad si por su excesiva intransigencia contribuyera á los disturbios que amenazan á España. Cualquiera que se fije un poco en la conducta observada últimamente con la Iglesia, ochará de verlo injusto y calumnioso de tal imputación.

¡Excesiva intransigencia de la Santa Sede...! cuando parece que ha habido verdadero empeño en provocarla... En efecto.

Provocación á la Iglesia han sido los famosos decretos concordatorios.

Provocación han sido el tono y las amenazas explícitas en el Mensaje de la Corona.

Provocación ha sido el inculcable proyecto de ley del *candado*, que intenta poner á las Congregaciones por debajo de las demás asociaciones no religiosas, convirtiéndose por esto solo en ley de persecución contra las Congregaciones religiosas.

Por todas estas cosas y otras parecidas se ha puesto al Vaticano en la ineludible necesidad de garantizar la dignidad de la Silla Apostólica y los supremos intereses de la Iglesia, que no admiten que cualquier Combes trate descomedidamente á la Santa Sede. De aquí viene necesariamente la suspensión de las negociaciones con el Vaticano, á quien obliga el gobierno español á presentar una cuestión previa de corrección y de lealtad.

Si de parte del gobierno español se hubiera propuesto cortar sus relaciones

amistosas con la Iglesia, ciertamente no hubiera procedido de modo distinto ¿Cómo, pues, se atreve la prensa asalariada ó hablar de *responsabilidades del Vaticano*? Suum cuique: cada barco con su vela. La responsabilidad es toda entera de nuestro mal aconsejado gobierno.

Caiga, pues, toda ella sobre quien parece no tener más objetivo que hacer inevitable el conflicto, *emulando las glorias* del tristemente célebre Combes francés.

D. O.

Dios no solamente es dueño y Señor de cada uno de los hombres en particular sino de los pueblos y los Estados y las naciones; y los que están al frente de ellos están obligados á RECONOCERLE, RESPETARLE Y VENERARLE públicamente.

(Encíclica de S. S. Pío X al Episcopado francés.)

La Soberanía del Estado

El non servian de Lucifer es el grito unánime de todas las heregias.

El que huye de la humildad se aproxima á la bajeza; —decía un cristiano viejo á un joven de cierta escuela— El pueblo que, soberano creyéndose, á Dios le ruega el derecho indiscutible á la Autoridad Suprema, por no humillarse ante Dios, esclavo se hace del Déspota, á quien tiene que entregar todo lo que á Dios le niega

¿No quieren ser de Dios hijos? ¿La humildad santa desprecian? Pues serán del hombre esclavos con despreciable villosa.

JOSÉ CALDERÓN CASANOVA.

En Agosto de 1901 escribía el actual Presidente del Consejo:

«Jamás la pasión sectaria podrá discutir á estas gloriosas figuras del Catolicismo que se llamaron Decurtius, Ketteler, Mannig, Gibbons é Irelan, honra de nuestra Santa Iglesia.

¿Y cómo no bajar la cabeza ante la altísima autoridad del sabio entre los sabios, del ilustre entre los ilustres, del insigne Obispo de Perugia, conde de Pecci, elevado más